

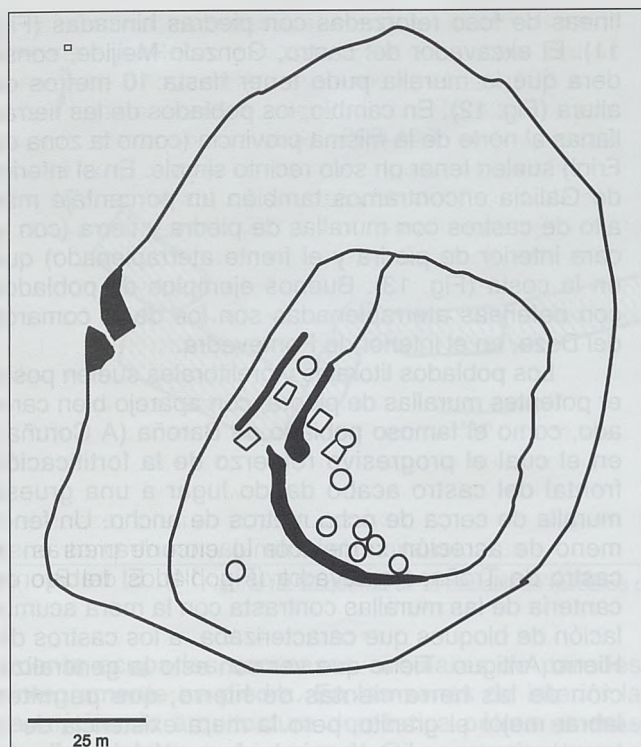


Figura 9. Castro con sucesivas ampliaciones de la Segunda Edad del Hierro: Saceda, Ourense

extensión del castro. Dicho recinto comenzó a construirse pero no llegó a acabarse. Quedó así a medio hacer un lienzo de mampostería de buena calidad y dos metros de ancho, para cuya realización recurrieron los habitantes del poblado al sustrato rocoso local: el afloramiento granítico sobre el que se construyó el castro muestra claramente trabajos de cantería, incluidos bloques extraídos que no se llegaron a colocar en la muralla. Además del hecho de la ampliación del castro, que es significativo desde un punto de vista social, es también interesante la existencia de una especie de bastión adosado a la muralla. Las murallas castreñas nunca tuvieron torres al estilo mediterráneo. La presencia de este posible bastión puede revelar influencia mediterránea, pues su construcción coincide aproximadamente con la llegada de los mercaderes púnicos a las Rías Bajas.

LOS CASTROS DE LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO (400a.C.-50d.C.)

La llegada masiva de los púnicos al litoral gallico, hasta entonces bastante olvidado por las corrientes comerciales mediterráneas, es sólo uno de los múltiples cambios que se aprecian en el Noroeste durante la Segunda Edad del Hierro. Una de las transformaciones más importantes tiene que ver con el paisaje. Vimos en los apartados anteriores que las formas de ocupación del territorio no habían variado sustancialmente durante la Edad del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro: los poblados se siguieron construyendo en lugares elevados y conspicuos, defendidos naturalmente y con una gran visibilidad

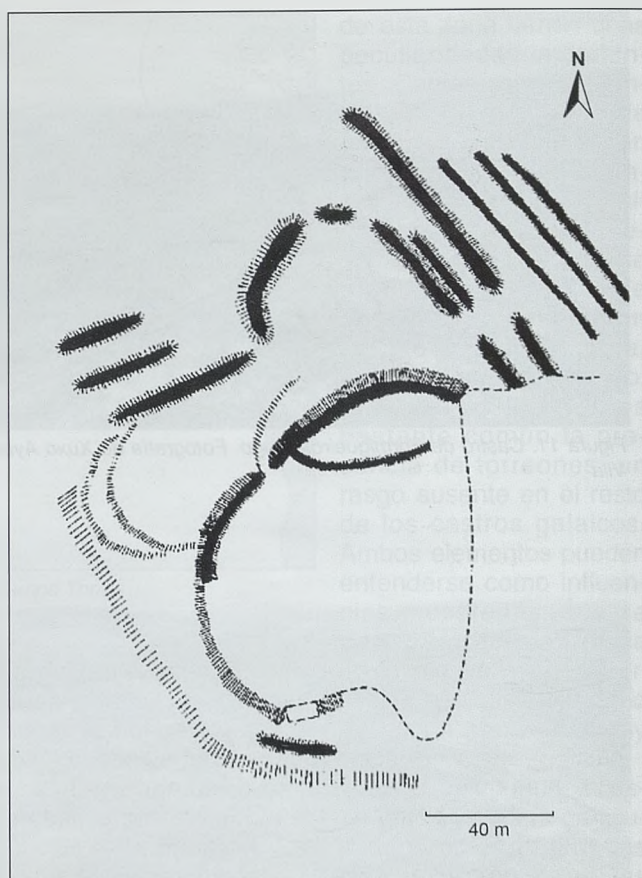


Figura 10. Castro de Fozara, Pontevedra, con numerosos parapetos y fosos. Según J.M. Hidalgo y E. Rodríguez Puentes

sobre su entorno. La Segunda Edad del Hierro traerá consigo una bajada de los castros al valle, lo que implica una profunda rearticulación de la geografía castreña. Aunque continúan habitados algunos asentamientos antiguos, como São Julião en Braga o Pena Redonda en Pontevedra, muchos otros quedan deshabitados (como Torroso y Penarrubia). En sustitución de éstos surgen nuevos castros en emplazamientos de valle, orientados a la explotación agrícola intensiva de las tierras bajas, cuyos suelos profundos son fértiles, pero requieren una tecnología agrícola más avanzada. El otro cambio del paisaje tiene que ver con la proliferación de poblados fortificados. Su número se multiplica en los últimos cuatro siglos del primer milenio a.C. Y no sólo se multiplican, sino que su tamaño crece: serán más abundantes los castros de dos y más hectáreas y aquel recurso excepcional de la Primera Edad del Hierro, que era la adición de recintos y ampliaciones, se volverá común durante esta etapa: en el interior de Pontevedra, en la comarca del Deza, estudiada por Xulio Carballo, un 38% de los castros de la Segunda Edad del Hierro tienen algún tipo de ampliación (Fig. 9).

Respecto a las defensas, su complejidad aumenta de forma manifiesta (Fig. 10), así como su tamaño, y se aprecia una mayor variabilidad tipológica. Esta última está relacionada con una regionalización territorial muy característica de la Segunda Edad del Hierro y que afecta a diversas producciones materiales: orfe-